

LA ERRANCIA LACANIANA

Marcelo Mazzuca

Aletrósfera

Mi interés inicial en el trabajo de Cartel sobre *la letra y el nombre* tenía que ver con la relación entre el *objeto voz* y la *letra del síntoma*, tal como esa relación puede interrogarse desde la experiencia del análisis o expresarse en las producciones artísticas. Es un tema que me ocupa desde hace varios años y que tiene una fuerte determinación en lo que fue mi propia experiencia como analizante y analizado. Por esas razones, bien podría haber titulado este ensayo “Nudos de la voz y de la letra”, cuyos desarrollos centrales creo poder encontrar en la clase del 9 de abril de 1974, donde Lacan hace mención a su “único invento”, y en la que la antecede, la del 19 de marzo de 1974. Allí Lacan habla de “homología” entre la obra de arte y aquello que se recoge en la experiencia analítica. Sugiere que pueden compartir un mismo sitio, o al menos encontrarse en los bordes de una misma mansión, la mansión del dicho o dicho-mansión.

Pero con el tiempo, y a medida que el trabajo del Cartel fue avanzando, tomó la delantera otra pregunta que me acompaña desde aquel mismo momento (incluso diría que tal vez no sean más que distintos aspectos de una misma inquietud, de un modo semejante a como ocurren las cosas en un análisis, o simplemente en una experiencia de vida). Supongo que algo en la configuración y la particularidad de nuestro Cartel me fue empujando en esa dirección. El hecho es que la lectura compartida del *Seminario 21* a la que nos dedicamos, volcó el interés hacia el tema de “la enseñanza y la transmisión del psicoanálisis”. Particularmente a las vías por las cuales el propio Lacan, en el ámbito de su *Seminario*, intenta sostener su trabajo, su posición y su condición de “enseñante”. Lo hace de una manera muy rigurosa y muy creativa a la vez.

Me he preguntado varias veces si es posible apreciar bien esa enseñanza (bien, en el sentido de hacerla operativa para la práctica y la formación de los analistas, de seguir el ejemplo de Lacan sin caer en la imitación burda e inútil) sin tener en cuenta sus particularidades, incluso su singularidad. Creo que no llegué a involucrarme verdaderamente en la vía de la enseñanza del psicoanálisis sino a partir del momento en que quedé atrapado e inquieto en esa suerte de laberinto en que consiste *El Seminario de Jacques Lacan*. ¡Que manera tan rara y particular de tomar la palabra!

Por ese motivo deslizo la lectura hacia la pregunta por la enseñanza del psicoanalista, aunque sin abandonar la marca, el rasgo distintivo a partir del cual me introduje en nuestro tema común de trabajo. Lo hago en línea con dos artículos que escribí en el período de funcionamiento de

nuestro Cartel (acerca del “Uso de la interpretación” y del “Fin del saber”) y que recogen muchas de las reflexiones presentes en nuestras reuniones de trabajo. Aquellos dos artículos que envié oportunamente fueron escritos con un espíritu de intersección entre el ámbito del Foro y de la Universidad (ya que se trata de publicaciones del *FARP* que utilizamos como bibliografía en la materia electiva *Usos del síntoma* que dictamos en la Universidad de Buenos Aires), y por esa razón están sujetos a algunos de sus requerimientos. En este otro caso, en cambio, pretendo dar lugar a una reflexión más abierta con menos exigencias de demostración. De este modo busco “errar” un poco yo también, y quizás sea eso lo más interesante del trabajo conjunto que hemos hecho en el Cartel. Me intereso en el Maestro Lacan, de manera semejante a como en otra oportunidad me interesé en las enseñanzas del Maestro García¹.

Parto entonces de la clase inaugural de *El Seminario* año 21, cuyo título plantea de entrada la relación de anudamiento entre la voz y la letra. Es un modo de colocar en la propuesta misma la esencia de lo que desarrollará durante su año de trabajo. Y esto en la medida en que el propio Lacan aclara que para perseguir los sentidos y los sujetos (temas) involucrados en su errancia hay que hacer sonar el título, regresando así de la ortografía a la homofonía. Dicho en otros términos, hay que musicalizarlo: dejarse arrastrar por lo que llamaría “las *letrosas*”², letras vociferadas o voces letrificadas, hacia el espacio humanizado de la *aletrósfera*³. Encuentro en esta propuesta lacaniana del año 21, una muy interesante manera de volver a interrogar los límites estructurales de la verdad freudiana sobre el deseo. Por mi parte, haré foco en el título mismo del 21° Seminario, digamos, para *mazzucalizarlo*, y luego tomaré las dos clases nodales anteriormente mencionadas.

Universalización

Parto de estas consideraciones iniciales para recuperar de entrada una hipótesis que hace unos seis años propuse en una conferencia pronunciada en la Universidad de San Pablo⁴. La hipótesis es la siguiente: “El Seminario de Jacques Lacan” (así habría que llamarlo, puesto que eso tiene nombre propio) es un dispositivo de enseñanza y transmisión comparable al dispositivo analítico inventado por Freud, lo cual se comprueba en diferentes niveles. Desconocer este hecho, abre la puerta hacia la *universalización*⁵ del psicoanálisis y hacia el atolondramiento y aplanamiento de su decir eficaz. Me pregunto, ¿no estará sucediendo algo de esa índole con la actual multiplicación y globalización de las publicaciones virtualizadas y papelizadas? ¿O es que

1 Me refiero a Carlos Alberto García Moreno, más conocido como “Charly García”, padre y Maestro del rock argentino, a quien dediqué un estudio centrado en los nudos de la voz y la letra.

2 Lacan. J (1969-70) *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, p. 161.

3 Modificación del neologismo “aletósfera” (con el que Lacan designa el lugar de las “letosas” en su Seminario sobre los discursos) con el fin de incluir en él la referencia a la instancia homofónica de la *letra*.

4 Mis viajes a Brasil y Colombia, y las incursiones por otras lenguas y códigos, no fueron sin consecuencias!

5 Juego de palabras que emplea Lacan, y que en español condensa e incluye los sentidos de “universo” y “universidad”.

sólo corren esa suerte las publicaciones que requieren ser “indexadas” según los criterios de las producciones llamadas científicas? ¿Acaso no corren un riesgo similar nuestras formaciones clínicas y nuestros colegios clínicos? ¿Por qué suponer que allí quedaríamos a salvo de estos efectos solo por el hecho de no ser actividades regidas por las normas y evaluaciones de la universidad?

Creo que conviene tener siempre presente que no se trata tanto de normas institucionales sino de exigencias de discurso. La instancia de la letra (en especial en el primer caso) y la colocación de la voz (en el segundo), bien pueden prestarse al interés de la libido, mover la masa de los analistas en formación y hacer circular el saber con más velocidad y a mayor distancia. Todo eso está sucediendo en el último tiempo, al menos en Buenos Aires. Pero creo que no tienen mucho sentido para nosotros si no consiguen dar ocasión a un decir eficaz compatible con el discurso psicoanalítico: un decir que lo promueva, lo sugiera o al menos lo diferencie tajantemente del resto de los discursos. Que contribuya a “mantener vivo” el acontecimiento Freud⁶, como dijo alguna vez Lacan en referencia a la finalidad de su enseñanza.

Esto implicaría asumir y llevar a la práctica que lo esencial de lo que Lacan enseña no está en sus dichos. Lo está solo en cierto sentido, en la medida de que toda enseñanza está referida a un saber. Pero lo que en esa enseñanza se “transmite” (se lo llame “Eso”, la “Cosa” o de otro modo) no está en sus dichos, aún cuando estos resulten indispensables en muchos casos para localizar su decir. Me parece que solo así se hace posible la “transmisión” del psicoanálisis en los límites de lo “enseñable”. Y creo que es un aspecto al cual Lacan permaneció siempre atento, constantemente, pero que en la época del dictado del vigésimo-primer seminario se hace todavía más notorio e incluso totalmente explícito.

Por mi parte, me ha resultado un seminario en el cual Lacan vuelve a plantear fuertemente la pregunta por la ética subyacente a la práctica del psicoanálisis. Lo hace de diferentes maneras y en distintos planos a lo largo del Seminario, por ejemplo, abordando una vez más los temas fundamentales de la clínica freudiana: retornando al Freud inicial que pone el acento sobre el deseo, retomando la crítica del nombre del padre que él mismo había dejado pendiente, reabriendo la pregunta por el estatuto del saber en sus relaciones con lo real, etc. Pero sobre todo haciéndolo en acto, es decir, practicando él mismo el discurso del que se sostiene el pretendido efecto de formación. Por eso creo que la noción de “decir” (que ya había comenzado a obtener su precisión conceptual en *El Atolondradicho*, y que en cierto sentido reemplaza a la noción de “interpretación”) es la que mejor nombra ese esfuerzo de elaboración: no es ni la voz en tanto tal, ni la letra con la que por ejemplo se escribe el *petit a* de Lacan, que según refiere al comenzar la decimoprimer clase (aunque yo no le creo) es su “única” invención⁷.

6 Lacan. J (1967-68) *Mi enseñanza*, Buenos Aires, Paidós, p. 124.

7 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 9 de abril de 1974.

Tal como el propio Lacan expresa al introducir su seminario siguiente (*RSI*), recoger los efectos de su propio discurso (del suyo, que no es el de Freud ni el del análisis) es lo que le permite situar su decir, pero además es algo que tiene, estrictamente hablando, el valor de un “control”⁸ (en el sentido del procedimiento o dispositivo que Freud denominaba “supervisión”). Y para dejarme guiar aún más en este ensayo por la pendiente de las palabras, agrego que la impresión que tengo en este momento es que, al menos en el nivel local, la enseñanza y la transmisión del psicoanálisis queda muy frecuentemente “fuera de control”. Podría añadir “fuera de pase”, e incluso en algunos casos tal vez también “fuera de análisis”. Pareciera que no solo los “nombres” sino también los “temas” están quedando por encima de los dispositivos, lo cual conduce a posiciones, disposiciones e imposiciones inconvenientes para nuestros foros. Puede que esté ocurriendo algo similar en el nivel de la Escuela, y por eso la propuesta de “cartelizar” el trabajo de los Encuentros Internacionales me ha parecido un buen signo... En fin.

Seminare

Meto las narices en las disciplinas del arte para tornar más clara mi posición, para buscar esos adelantos que Freud supo percibir en la actividad del artista.

Uno de los puntos de partida de quien se convertiría en el Maestro García, con quien se han formado (lo sepan o no) cantidad enorme de músicos argentinos, fue el grupo *Serú Girán*. Grupo que por su parte se conformó en las playas brasileras, y eso por el exilio promovido por la dictadura militar en la Argentina. Allí dos de sus integrantes encontraron las condiciones aptas para inventar un lenguaje nuevo, movidos por la musicalidad de ciertas palabras (he de suponer que para eso influyó lo que hoy llamamos el “portuñol”). El nombre *Serú Girán* proviene de ese lenguaje inventado, al igual que *Seminare*, nombre de la que tal vez sea la canción más emblemática y poderosa de Charly García y una de las mejores de la historia del rock argentino. Esa canción se iba a llamar “La calle de la sensación”, digamos, en castellano común; pero finalmente se incluyó en el disco grabado en San Pablo en 1978 en idioma inventado. Es que ese grupo fue como un “seminario”, en el sentido de un lugar de aprendizaje y formación, pero también en el sentido más etimológico o literal: un “semillero” de músicos y de producciones musicales de todo lo que vino después. Con la condición de aclarar que no fueron tanto ellos en sí mismos sino el camino que abrieron, con los discos y canciones que de allí surgieron. Es un hecho de simple experiencia que los músicos argentinos (y un poco más también) aprenden con los discos de Charly García. Y no se trata de plagiarlo, tampoco de imitarlo, sino de hacer como él, de seguir su camino. Vale aquí recordar que enseñar no implica solamente aportar un saber sino también señalar un camino, indicar un sendero, una vereda, una calle... en ese caso, la de la sensación.

8 Lacan. J (1974-75), *RSI*, clase del 9 de abril de 1974.

Es interesante advertir cómo el “rock nacional” surgió en un momento de crisis y por obra de una ruptura. Tal como dijo alguna vez el propio García, el “rock nacional”. Y no se trata de que podría haber nacido bien, sino de que todo lo que nace no puede no nacer mal.

¿Qué decir al respecto de la enseñanza del Maestro Lacan?

Que “El Seminario” fue para él un dispositivo comparable al del análisis es algo que creo se advierte con relativa facilidad en la medida en que avanza en su tarea de enseñanza. Tal vez solo con el tiempo se le fue haciendo claro al propio Lacan. ¿Quién podría creer que su “histeria perfecta”⁹ y su pericia como analista sean el simple resultado de sus escasos años de análisis con Loewenstein? Indudablemente Lacan encontró en su Seminario un dispositivo de enseñanza en el cual pudiera dar continuidad a su experiencia analítica, y creo que eso es algo que tiene estrecha relación con lo que según declara es su único invento, el *petite a*. Por supuesto, una vez que lo inventó ya estaba allí desde mucho antes. Esa es quizás una de las facetas más curiosas y sorprendentes de la repetición analítica y de la enseñanza de Lacan.

Este valor de dispositivo analítico que posee El Seminario es algo que Lacan indica con bastante detalle en las tres conferencias agrupadas bajo el título de “Mi enseñanza”, dictadas entre 1967 y 1968. Recuerdo la insistencia de Lacan en afirmar que su Seminario no es meramente un curso sino que viene al lugar de otro “dispositivo”¹⁰, el que la Asociación Francesa instauró en ese año 1953 para formar a los candidatos. Un dispositivo institucional que alejaba la formación de los candidatos de las vías de transmisión propias del inconsciente. Es por eso que *El Seminario* siempre tuvo una finalidad precisa (formar analistas), un comienzo de fractura (la crisis que lo motorizó) y un final lógico (momento de conclusión). Algo del todo semejante a lo que se espera de un análisis.

Pero más interesante aún es que también tuvo una suerte de “regla” fundamental, un principio básico de funcionamiento que el propio Lacan se impuso: hacerse el deber de “no repetir nunca lo mismo”, lo cual no excluye la repetición en sí misma sino la repetición “de lo mismo”. ¡Si hay alguien que a lo largo de sus años de enseñanza repitió, ese es Jacques Lacan! Sin embargo, igual que en un análisis, al menos cuando éste es eficaz, nunca es la repetición de lo mismo.

Esta regla no es la misma que la de la “asociación libre”, claro está, pero en algún sentido puede tomarse como equivalente del analizante en el nivel del trabajo del “enseñante”. Es el principio de acción, tanto en el sentido ético como lógico, del trabajo por venir. Tal como él mismo dijo al comenzar el dictado del *Seminario 20*, su posición en la enseñanza es la del analizante, aunque los significantes fundamentales tratados por el “dispositivo Seminario” no sean los de su historia personal (al menos no su historia infantil) sino los legados por Freud: para empezar, y fundamentalmente, el significante *inconsciente*.

9 Lacan. J (1976-77), *Seminario 24*, clase del 14 de diciembre de 1976.

10 Lacan. J (1967-68) *Mi enseñanza*, Buenos Aires, Paidós, p. 16.

Ahora que contamos con una vista del recorrido de *El Seminario* de principio a fin, es bastante fácil advertir que el concepto de *inconsciente* es tratado por Lacan cual si fuera un significante, y uno de esos en los que se deja reconocer la vitalidad de una pregunta relativa al deseo. Sus tres grandes versiones del inconsciente (digamos, para simplificar: el “freudiano”, el “nuestro” y el de la “una-equivocación”) muestran que sus diferentes sentidos no se excluyen pero tampoco se superponen. Más bien revelan verdades distintas de aquello que está en juego (la estructura, el sentido más real del deseo), tal como sucede en la experiencia de un análisis. Es por eso que ninguna de esas versiones termina de prevalecer sobre las otras, lo que prevalece es más bien la secuencia de la estructura que las liga. Y así conviene que sea, más allá de las consignas y los sintagmas que se ponen de moda.

Discosiciones

El seguimiento del tratamiento que *El Seminario de Jacques Lacan* hace de ese significante/concepto fundamental, permite escandir tres períodos y observar cómo Lacan recomienza al menos en dos oportunidades. Los títulos mismos son indicativos de esas transformaciones: primero son más clásicamente freudianos (yo, inconsciente, interpretación, transferencia, identificación, angustia, etc), luego se retoman en pares con terminología más lacaniana (en especial, el acto psicoanalítico) y finalmente son decididamente neológicos (...o peor, aun, los no incautos yerran, herejía, symptome, la una-equivocación), en la medida en que lo que importa es modular la voz para hacer sonar la letra.

Eso responde a una lógica y a un modo de proceder que particulariza tanto el dispositivo como la disposición de Lacan. Es una manera muy personal de tomar la palabra. Se pone especialmente de manifiesto al terminar el Seminario sobre *Los nombres del padre* y antes de comenzar con el de la *Herejía*, en la conferencia pronunciada en Roma en noviembre de 1974: *La tercera*. “La tercera vuelve”, dice Lacan, “es siempre la primera”¹¹. Por eso allí se refiere al “disco”, para hacer sonar y hacer notar la singularidad de su dispositivo y su disposición, de una manera de disponerse a tomar la palabra en un dispositivo que apunta a decir/discar. Dicho de otro modo, de su *discosición*¹² a decir, o incluso de la *discosesión*, y del modo absolutamente singular de disponer de las lenguas (en particular el alemán y el francés). Me gusta ese último neologismo, “discosesión”, porque al mismo tiempo en que acerca el dispositivo del Seminario al del Análisis, también alude al del gran Maestro García: su discografía. Incluso, si más que escribirlo lo hacemos sonar, también admitiría el sentido de la “cesión”, la del objeto, consecuencia tan necesaria para el análisis como para el seminario¹³.

11 Lacan. J (1988) *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, p. 73.

12 Modificación del término “disposición” para incluir la referencia al “disco”.

Todo esto es suficiente para advertir las semejanzas entre un dispositivo y otro, del Seminario y del Análisis, aunque no los confunde. En un caso se trata de un dispositivo clínico y en el otro de un dispositivo de enseñanza. Sus finalidades son diferentes. Pero creo que siempre se trata de una misma disposición o “discosición” a la transmisión. Y entiendo que esta disposición común de las piezas se expresa aproximadamente en estos términos: ¡que se diga! Es lo que, estrictamente hablando, tienen en común una y otra regla, la del Seminario y la del Análisis.

Hay allí una clara referencia a la ética psicoanalítica, tanto como en *los no incautos yerran*. Conviene que el analista sea un poco más incauto del inconsciente, que se permita errar cuando se dispone a escuchar y decir. Sólo así estará en condiciones de hacer lo que tiene que hacer, interrogar la verdad con el saber para hacer presente lo real. Se trata de lo más real de la estructura del deseo inconsciente, que es “siempre el mismo”, dice Lacan, y que “no da el brazo a torcer”¹⁴. Lo curioso es que en ese camino errático en que consiste la exploración del inconsciente vuelve a aparecer, errante, a la vuelta de la esquina, el nombre del padre. Así ocurre en un análisis y así parece que ocurrió también para Lacan en su Seminario.

Petite hysteria

En este sentido, es apasionante advertir como Lacan recomienza, una vez más, al proponer el enigma de les non-dupes errent: retorno a la *Traumdeutung* para volver a abocarse a la principal tarea freudiana, la de la “localización del deseo”¹⁵. Su diálogo con Freud “recomienza”, tal como se expresa en sus palabras iniciales del seminario.

Pero lo más sorprendente es advertir que Lacan se dispone a interrogar el sentido de *les non-dupes errent* porque se le presentó a él mismo como una producción de saber enigmática. Porque fue él quien “había creído poder terminar”. Por mi parte no puedo más que preguntarme, ¿terminar qué cosa? ¿Su año de seminario, simplemente? No. ¿Su trabajo del Seminario? ¿O su trabajo de análisis? ¿Ambas cosas? “De estos veinte años”, dice Lacan al finalizar el seminario anterior, “he cerrado el ciclo, ¿seguiré el año que viene?”¹⁶. Es cierto que forma parte de su “destino de objeto *a*” el no haber estado nunca seguro de que seguiría dictando su seminario al año siguiente. Pero en este caso confiesa, al comenzar su número 21, haber creído poder terminar. Es algo de lo que el inconsciente de Lacan venía dando señales. Por ejemplo, al comenzar la ante última clase del Seminario anterior (Aún) relata un sueño a su auditorio: “anoche soñé que cuando llegaba acá no había nadie”¹⁷. Y aclara que “con eso se confirma el carácter de anhelo del sueño”. Su carácter no

13 Encuentro en esto una diferencia con García, para quien la voz como objeto se le fue imponiendo cada vez más, sin que el *discositivo* lograra hacerla ceder.

14 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 6 de noviembre de 1973.

15 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 6 de noviembre de 1973.

16 Lacan. J (1972-73) *El Seminario. Libro 20: Aún*, Buenos Aires, Paidós, p. 176.

17 Lacan. J (1972-73) *El Seminario. Libro 20: Aún*, Buenos Aires, Paidós, p. 143.

deja de ser irónico y el estilo de Lacan no deja de ser barroco. Pero lo cierto es que su enseñanza tiene una lógica porque el tratamiento del inconsciente responde a una estructura.

Por mi parte no puedo dejar de suponer que *les non-dupes errent*, así como suena, es la respuesta del inconsciente de Lacan al hecho de haber creído poder terminar, a la suposición de que “había pasado”, en el doble sentido de la expresión¹⁸. “Me confundo”, confiesa Lacan, “hay una cosa que he llamado el pase (*la passe*) que se practica en mi escuela; es preciso que esté donde estoy hoy para que yo mismo vea bien qué es”¹⁹. Una pequeña muestra de su errar, una *petite* muestra de *hysteria*, del vínculo del deseo con el padre y con la producción de saber.

Eso le sonó raro, tal como admite al comenzar su seminario, eso resuena, consuena y produce el efecto del chiste, tal como Lacan explicita a continuación, en la medida en que vuelve a evocar, y tal vez también invocar, al padre. Es un lapsus de Lacan lo que lo obliga a recomenzar! Hay allí algo “muy extraño”²⁰ en lo que ha descubierto Freud acerca de la función del padre en el deseo, como dice más adelante, que constituye enigma para él mismo²¹. Una pequeña muestra de su estilo es lo que nos llega escrito en forma de título, un pequeño error/andar (*une petite erre*), dice Lacan²². Un lapsus más o menos calculado, nunca lo sabremos, que une el inconsciente con la consciencia, como él mismo explica refiriéndose a su “histeria perfecta” (es decir, sin síntomas)²³, es lo que le permite recomenzar su tarea: la de transmitir el psicoanálisis en los límites de una enseñanza. “Aquí me tienen nuevamente formulando una ética”²⁴, dice Lacan en la clase en la que se dispone a transmitir su nueva versión sobre *les noms du père*, versión que no anula las anteriores sino que las profundiza. “Nombre del padre que sólo es no a nivel del decir”, afirma Lacan, “y que se amoneda por la voz de la madre”.

Es así que remite el nombre del padre a la función del nudo, y se pone muy insistente en rectificar el efecto primero de su enseñanza en lo que refiere al registro de lo imaginario: es tan importante como los otros dos. De modo que lejos de descuidar el valor del sueño (que constituye el tejido de lo imaginario), y mucho menos el del soñar, busca en él el susodicho “efecto de nodalidad”, que designa lo real por estar “tresado”²⁵. Es una manera de decir que el analista trabaja con el sentido gozado, y que en el sueño está tejida, cosida o calzada la mirada en su función de plus-de-gozar. Tal vez también la voz, como en el sueño del final del Seminario Aún y como en el lapsus que da inicio al Seminario siguiente. Es por esa vía errática que Lacan busca en el dispositivo Seminario realizar la tentativa de situar el *petite a* en el lugar del nombre del padre.

18 Aprovecho la traducción española para sobredeterminar la expresión “haber pasado” añadiéndole el sentido del dispositivo y de la disposición al pase.

19 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 4 de diciembre de 1973.

20 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 19 de marzo de 1974.

21 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 6 de noviembre de 1973.

22 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 6 de noviembre de 1973.

23 Lacan. J (1976-77), *Seminario 24*, clase del 14 de diciembre de 1976.

24 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 19 de marzo de 1974.

25 Este es solo uno de los neologismos y juegos homofónicos que Lacan utiliza en esa clase.

Se deduce de allí la diferencia entre el género “conferencia” (por ejemplo, “La tercera”) y el trabajo del seminario. En el primer caso se trata fundamentalmente de una enseñanza oral, como suele decirse, de una tentativa de transmisión oral. Mientras que la transmisión que se espera de *El Seminario de Jacques Lacan*, en la medida en que se trata de un *dispositivo* analítico de enseñanza, es esencialmente de carácter invocante. Invoca una causa, provoca un efecto y convoca el deseo. Así me represento esa suerte de circuito pulsional del decir, o del ¡que se diga!

Para el caso de Lacan es indudable que su decir eficaz se apoya en el real que constituye la escritura, una invención de saber que soporta su transmisión en la función de la letra, “el saber supuesto sujeto”²⁶. Y esa escritura en que consiste esencialmente el objeto *petite a* responde a la secuencia del dispositivo Seminario y es su consecuencia lógica, su principal producto, no sin una cuota de histeria o *hystérie*. Por eso sugiero la escritura *petite hysteria*, que añade la letra *a* que no está en la palabra francesa ni en la alemana. Pequeño *a*, pequeña histeria. Pequeño invento.

Sería un exceso decir que Charly García inventó el rock nacional, es para algunos una broma de mal gusto, pero es perfectamente cierto que inventó el rock *nacional*. De igual modo resulta claro que Maradona no inventó el football, gracias a Dios no es inglés, pero sí el *fútbol* latinoamericano. O tal vez haya que decir simplemente que inventó el *fútbol*, así nomás, a secas, sería una broma pero de buen gusto. De una manera semejante puede afirmarse que Lacan no inventó el psicoanálisis, pero tal vez sí el *análisis*, a secas. Sin duda Lacan bromeaba al decir que hay que reinventar el psicoanálisis, y sólo consiguió prescindir del padre de manera paradójica: sirviéndose de él. También bromeaba al decir que su único invento fue el objeto *petite a*, pero no dejaba de orientarse por el chiste a la hora de seguir pasando el pase: “comienzo o más bien recomienzo”, dice Lacan, “es lo que más me sorprende”²⁷. Linda broma la errancia lacaniana!

Buenos Aires, Argentina

Agosto de 2016.

26 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 9 de abril de 1974.

27 Lacan. J (1973-74), *Les non-dupes errent*, clase del 23 de abril de 1974.